

La hora del mal morir

Victoriano Gómez Urrutia, el reo, miró por un momento la inmensa muchedumbre que abarrotaba el Polígono de Tiro de la Tercera Sección Militar de San Miguel República de El Salvador.

Millares de ojos a su vez lo miraban a él.

Victoriano se metió las manos a la bolsa y sacó un peine. Luego, hizo un ademán de peinarse pero una orden terminante, áspera, rompió el silencio.

—Amárrenlo, ¿no ven que nuestra responsabilidad es mucha?

Dos guardianes de la Penitenciaría de San Miguel se lanzan sobre el prisionero y le atan las manos con esposas. Sigue una espera. Victoriano de nuevo toma el peine ahora entre sus dos manos agarrotadas por las cadenas, y se peina. El cabello está brillante de vaselina. Gotas de sudor le corren por el rostro. ¿Sudor o lágrimas?

Luego se escucha una orden:

—Atención! ¡Firmes...! Apunten...!

Victoriano sabe que le ha llegado el momento y se vuelve de un lado. Como que no quiere que las balas le destrocen la cara ni el pecho.

La orden de FUEGO... no llega. Diez soldados apuntan al reo. Cinco parados y cinco en posición de tiro, pero hincados. A diez metros de ellos y a dos metros del paredón espera Victoriano.

—Ya le ha llegado la hora de



AL PAREDÓN. Victoriano Gómez Urrutia, ante la expectación de millares de personas, es conducido al paredón. Fue ejecutado en el polígono de tiro de la Tercera Zona Militar de la Ciudad de San Miguel.

mal morir— dice una anciana y reza.

La noticia de que en la República de El Salvador se iba a efectuar el segundo fusilamiento público atraía la atención de todo el pueblo. Nosotros llegamos a San Miguel a las diez de la mañana. No sabíamos nada.

—Por favor, señor, nos puede decir...

—Sí, cómo no, es en el Campo de Tiro de la Tercera Zona Militar...

—Perdón le preguntaba por el Hotel...

—Ah, yo creía que me hablaba del lugar donde van a matar a Gómez Urrutia, el asesino...

Y así nos enteramos de que hoy lunes a las cuatro de la tarde se ha de pasar por las armas a un reo acusado de doble asesinato y robo...

En el momento del fusilamiento escucho un comentario, uno de los miles que se escuchan...

—Parece que él llegó a la casa donde estaba Magdalena Vargas y la mató de un machetazo.

—¿Qué bárbaro, merece lo que le está pasando!

—Pero eso no es nada —agrega el mismo informante con aires de importancia.

—En ese momento llegó la hija de Magdalena y también la mató.

—¿Por eso lo van a fusilar? —pregunta un curioso que no es cuchó bien.

Interviene entonces un señor muy bien vestido que con aires de abogado aclara la información:

—La República de El Salvador no aplica la pena de muerte a no ser que como motivación del crimen haya mediado la intención del robo.

—Pero en este caso no hubo robo.

—Sí que lo hubo, porque después de hacer picadillo a la madre y a la niña se robó treinta colones.

En otra parte del gentío que abarrotaba el Polígono de Tiro de la Tercera Zona Militar, tan grande como nuestro Estadio Nacional, recojo otros rumores: —Es el segundo hombre que se mata en este país. El primero fue Centeno hace siete meses.

Me interrumpe el sonido de las cámaras de televisión de San Salvador que hace una toma alrededor del campo al mismo tiempo que su locutor interroga a la gente.

—Fue en el tiempo de Lemus, el Coronel, cuando se instituyó la pena de muerte. Antes del Coronel Lemus no había pena de muerte... luego se fue a vivir a Costa Rica.

Comentarios. Unos a favor y otros en contra de la pena de muerte. Aunque hay que reconocer: de cada tres personas que este periodista indagó sobre la pena de muerte, dos estaban de acuerdo.

Desde las tres de la mañana de este día lunes 1º de febrero de 1971, la gente se movilizaba en esta pequeña provincia oriental de El Salvador. Desde esa hora hay muchas personas que al igual que como se espera un partido de fútbol, están esperando en el polígono que sean las cuatro de la tarde. Luego han ido apareciendo por decenas, centenares, millares. Podemos observar no menos de siete mil personas. Mujeres, viejos, niños...

Cantidad de niños que están como en primera fila.

Nos recuerda que en los carteles de los cines de El Salvador se decía: "Esta película está prohibida para menores".

Ahora en este espectáculo autorizado por el Primer Juez del Crimen de San Miguel, los niños tienen entrada libre.

Se venden refrescos, tortillas, yuca, pan, helados y cervezas.

Encuentro en las calles como a las dos de la tarde, buses ya desocupados que decían SANTA ANA, SAN SALVADOR y en un lugar bien ubicado a la vista un letrero:

"Hoy, excursión a San Miguel, fusilamiento de Victoriano Gómez Urrutia".

A las once de la mañana hemos tratado de hablar con el Director del Penal en San Miguel, don Raúl Rivas Garrón.

El nos informa que en verdad Gómez Urrutia se encuentra ahí y que ha de ser pasado por las armas a las cuatro de la tarde. Nos reportamos como enviado especial de LA REPUBLICA en Costa Rica y él nos deja entrar.

Victoriano nos parece un hombre joven. Frente despejada, pelo negro.

Nos cuentan que antes de las ocho de la mañana reía, hacía bromas:

"Soy buen guerrillero, sabré morir".

Ahora se encuentra muy triste.

¿Es usted del Ministerio de Justicia?

—No señor, somos del periódico LA REPUBLICA de San José.

—¿Periodistas? —y hace un gesto como de desprecio. Luego se nos informa que los periodistas de la República de El Salvador tanto como el Colegio de Abogados consideran la ejecución de un hombre algo así como un acto sacramental.

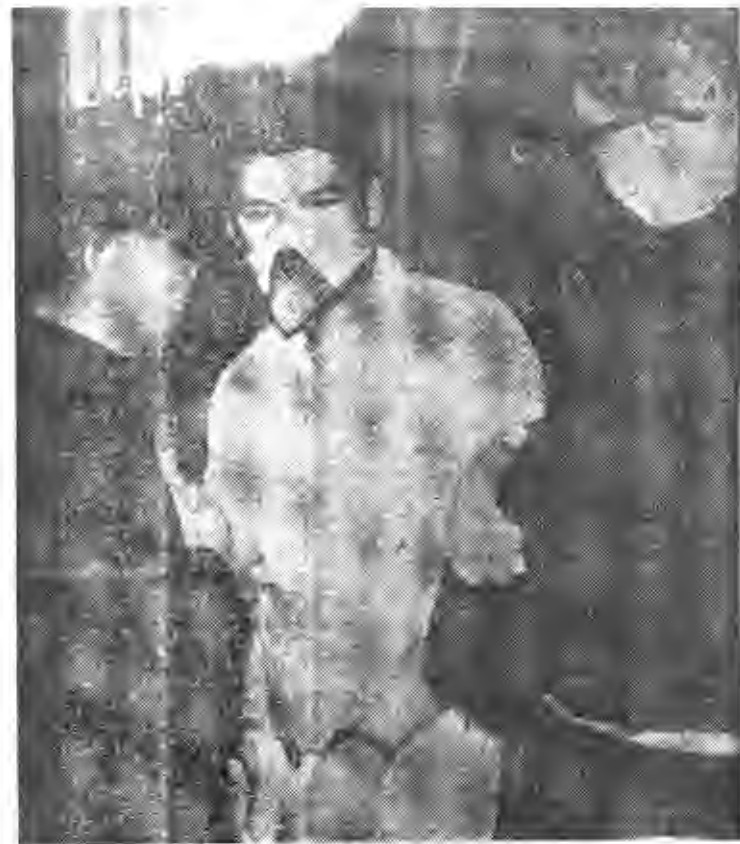
He llegado al penal introducido por el Padre Morán.

—Estuve preso en Costa Rica veinte años. Una vez también para mí se solicitó la pena de muerte.

Le cuento mi historia y le caigo simpático.

—No maté a esa mujer ni a esa niña. Soy inocente. El esposo de la finada encontró al verdadero culpable Efraín Urrutia y lo mató. El esposo se encuentra preso por ese delito.

—Se me ha contado que hay tres personas que dicen que Ud. fue el culpable.



ULTIMOS CONSEJOS. Los padres Octavio Coll y Alejandro Morán dan los últimos consejos y recomendaciones espirituales a Victoriano Gómez Urrutia, instantes antes de que fuera fusilado.

—Cierto, pero también hay dos que dicen que soy inocente y acusan a Efraín Urrutia.

Momentos después el Padre Morán me explica:

Hay mucho fundamento en lo que dice Victoriano. Magdalena y su hija fueron muertas el día 29 de enero de 1961. Su esposo, Ezequías Segovia, al día siguiente mató a Efraín Urrutia al que dos personas acusaron de haber dado muerte a su esposa. El testimonio de esas dos personas han sido fundamento en el juicio contra Segovia de que "había obrado por motivos pasionales violentos".

—¿Declararon esos dos testigos en el juicio de Victoriano?

—En la República de El Salvador los procesos penales se manejan en forma artesanal. No ha contado con buenos abogados.

—Se me ha dicho que la Doctora Elsa Rojas, Procuradora de Pobres, ha luchado duramente por su vida.

—Lo ha hecho, pero son muchos los casos que ella tiene que ayudar.

—Pues ya lo ve don José León, me ha llegado la hora de morir y siendo inocente. Ya ve, no he tenido suerte.

Y se queda de nuevo triste. Estamos en su celda. En una pocilga donde ha pasado los últimos siete años esperando la pena de muerte, a través de las rejas se miran los demás reos. Una copia fiel de la Penitenciaría de San José.

—¿Tiene esperanzas?

—Ya no... ¡las tenía hasta las once de la mañana.

—Todavía puede venir otra orden —interviene el Director del Penal para consolar al reo. Gómez lo mira y no agrega nada.

El rostro de Victoriano está cubierto por un pañuelo para tapar el lugar donde antes tenía la nariz. Hace muchos años violó a una niña y el abuelo le cortó la nariz. Hoy se parece al antifaz del Llanero Solitario. Debajo de ese pañuelo escondía una cuchilla y con ella hace una hora se intentó dar muerte. No lo hizo por una pronta intervención del Padre Octavio Coll que también lo atiende.

La camisa de Victoriano está llena de harapos. El padre Morán ante nosotros se quita la sotana, y viste con su propia camisa a Victoriano.

—Victoriano, le confieso que me encuentro impresionado. Me duele no poder hacer algo por usted...

—Diga, diga en Costa Rica cómo aquí se matan a los hombres que no tienen plata y no se pueden defender. Dígallo, dígallo.

—Me permite una pregunta brutal?

—Hágala, hágala...

—Se me ha dicho que Ud. debe muchas muertes, ¿es cierto?

—A los 18 años maté a un hombre en defensa propia. Luego a otro que me quiso matar en Occidente. No más. La gente me odia e inventa muchas cosas.

—Se le acusa de violaciones... —Mentiras de las viejas. ¿Sabe usted que no es posible... contra su voluntad?

—Desde qué edad tiene relaciones con la justicia?

—Desde chiquillo.

—¿Conoció muchas cárceles?

—Muchas. En Honduras también estuve preso.

—Veo que si fuera culpable Ud. lo diría.

—No soy tonto. Lo diría porque en El Salvador cuando uno comete un crimen y confiesa ya no le pueden aplicar la pena de muerte.

—¿Por qué no confesó si en ello le iba la vida?

—Porque soy inocente.

El Director nos indica la hora de salir. Le doy un apretón de manos al reo.

—Le pido que esté presente durante el fusilamiento y les cuente a los ticos que me han matado siendo inocente.

—Se lo prometo, lo haré.

Entre los millares de personas que concurren al fusilamiento, hay una persona que no ríe, ni hace chistes, ni murmura. No opina sobre la ley ni el vicio.

Junto a ella una señora levanta un niño de diez años y le dice: —Aquél es el criminal, miralo bien. Piensa que eso les pasa a los hombres malos.

Doña Isabel Urrutia es la madre del reo. Está presente junto a un hijo, tres hijas más. Ella lo vio nacer. Le tocará verlo morir.

—Señora, buenas tardes, somos representantes de LA REPUBLICA en Costa Rica, soy periodista...

—¿Periodista? Todos los periodistas son unos chanchos... Ustedes han inventado tantas cosas malas sobre mi hijo que ahora toda esta gente... toda esta chusma lo odia... Ustedes lo mataron ya desde muy antes con las noticias falsas sobre él...

En ese instante un grupo de soldados traslada a Victoriano. La madre lo mira con ojos llenos de amor. Trata de abrazarlo pero los soldados lo impiden. Victoriano, a su vez, mira de reojo a su madre y hace una mueca de dolor que se le mira en la frente.

¡Pasa a la página siguiente!

La nora del mal morir

(Viene de la página anterior)

Son las tres y cincuenta minutos.

Dentro de diez minutos...

—Mi hijo es inocente, no lo maten, no lo maten...

Y la madre llora. Sus hijas también lloran.

Un niño de doce años mira todo con los ojos asombrados. Está pálido.

Es el mismo que conocí ante la entrada principal de la Penitenciaría de San Miguel. Se llama Víctor. Le pregunté hace unas horas:

—¿Por qué lloras?

—Usted sabe por qué lloro, van a matar a papá...

Ahora no llora. Mira para el paredón donde Victoriano parado observa fieramente a los espectadores de este espectáculo. Los locutores de televisión hacen rodar las cámaras. Los que entrevistan para la radio hacen preguntas.

Un locutor se me acerca:

—Es Ud. turista?...

—Soy turista.

—¿Qué opina de lo que está pasando?

—Respeto profundamente la

opinión del pueblo salvadoreño que hizo posible de nuevo la pena de muerte estando ya abolida por muchos años. Han olvidado ustedes algo tan noble como es la compasión. Sería vano lo que dijera, pero ya que Ud. me pide que sea franco le diré que estoy aquí para ver por mis propios ojos algo que ya se hizo hace siete meses cuando fusilaron a Centeno. Ver cómo ante los ojos inocentes de los niños se monta un espectáculo teatral que humilla el estado de conciencia de todo centroamericano culto...

—Usted nos ofende...

—No señor, usted me ha preguntado...

Se escuchan algunos rezos.

El Padre Morán, que ha venido desde Aguachapán para asistir al reo en sus últimos momentos, enseña un crucifijo y le pide que mire. El padre Coll reza en alta voz, nadie le responde.

!!!APUNTEN... FUEGO!!!

Victoriano Gómez Urrutia cae abatido por las balas de los G 3. Cinco balas le dan en el estómago. Tres en el pecho. Dos se perdieron porque de los diez rifles dos cargan con salva para que no piensen los soldados que él lo mató.

El Teniente Francisco Mena Vázquez se acerca con su pistola 45 y le da el tiro de gracia.

Victoriano Gómez está muerto. Nació en El Volcán hace 28 años, hijo de Isabel Urrutia.

La gente lanza gritos. Unos de censura. Otros de aplauso y se van retirando poco a poco.

Falta una formalidad para que doña Isabel retire el cuerpo de su hijo, ¿la presencia del Juez que certifique que la ley se ha cumplido?

El niño de doce años, Víctor, mira sin llorar desde diez metros el cuerpo inerte de su padre.

El sacerdote Morán, que vino desde Aguachapán para darle asistencia al reo, espanta las moscas que por decenas se empiezan a posar sobre la sangre fresca y lo hace con su pañuelo blanco en tanto reza...

Allá sobre el cielo el volcán San Vicente lanza al firmamento su humo blanco. Los buses de la excursión se llenan de gente.

La tarde es como la de una corrida de toros.

El toro ha muerto. El vencedor regresa a su casa.

San Miguel de El Salvador,
19 de Febrero de 1971.